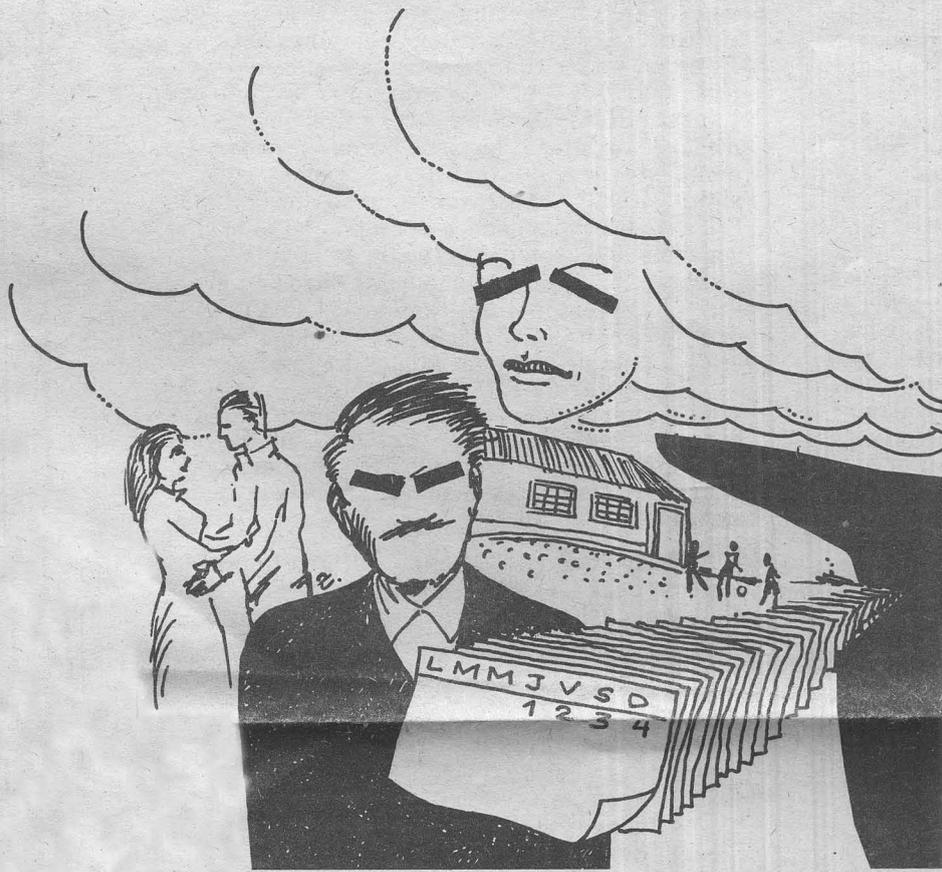


## El tiempo frágil

por Ramón Díaz Eterovic

Todo había sido confuso en el día, y ella -que no tenía por qué saberlo- me miró por primera vez a los ojos, y me dijo, el tiempo es frágil, y entonces, sin tener razón recordé que todo había empezado mal ese día, desde el desayuno que de mala gana me sirviera Elvira, sin atreverse a exteriorizar en palabras su enojo por mi trasnochada del día anterior, pero convirtiendo su queja en movimientos bruscos y preguntas sin respuestas. Luego, al mediodía había sido el encuentro casual con el Mocho Pérez -¿hay algo casual cuando durante años recorreremos las mismas calles del centro, tratando de olvidar un rencor de sueños truncos?- mi antiguo compañero de curso, que en dos estaciones de metro me dejó de vuelta en los recuerdos de ese todo tiempo pasado fue mejor. Y todo es confuso, ahora que ella -la muchacha de la esquina- me mira a los ojos y me dice, el tiempo es frágil, y yo, metido en mis recuerdos la veo tendida sobre la cama en desorden, mostrándome sin pudor su cuerpo moreno y desnudo, tratando de acordarme en dónde he visto su rostro apenas iluminado por la luz roja de la habitación. Ese rostro -su rostro- que me evoca no sé bien qué cosa, y que me hace decirle, yo te conozco, en alguna parte te he visto, yo sé todo de tí, menos tu nombre, para luego volver a los recuerdos, a esos recuerdos que tanto molestan a Elvira cuando le muestro los poemas que escribo, sin entender que ellos son una vuelta mágica a la felicidad de la infancia: un escape desesperado de la rutina opresiva de cada día. Entonces el cuarto rojo desaparece y sigo andando por las calles empedradas de mi barrio, el viejo barrio de los yugoslavos, con sus rostros nostálgicos, mirando cada día hacia el mar como si aún esperaran la llegada de un barco con noticias de sus familiares, o que en ese horizonte azul se dibujen los paisajes conocidos de su patria. El barrio de las calles empedradas, las casas multicolores -¿por qué en mi pueblo se pintan los techos de rojo?- y los boliches de menestras en cada esquina de donde iban saliendo las vecinas con los jarros de vino envueltos en blancos paños de cocina. Yo fui a tu pueblo -recuerdo que siempre dice Elvira- y nada de lo que me cuentas existe. Pero, ahora ella no está, y ese rostro que miro y reconozco, me devuelve a mis juegos, a la incansable pelota de cuero que rodaba de una vereda a otra, entre piernas que se perseguían y rodillitas que se lastimaban cada vez que uno atajaba a lo Escuti o a lo Yashin. Sí, los juegos no se han ido, y es el Mocho Pérez el que me pasa a buscar para la pichanga, él que nunca



Dibujo de César Zúñiga.

jugó al arco porque su ídolo era Leonel, y para el arco estaba el Pancho "Zapato de Papá", que se ganó ese apodo el día que sus padres le compraron unos chuteadores, varios números más grandes que los que él usaba, y que de tanto golpear la pelota se fueron enroscando como zapatilla hindú, a pesar de lo cual, entraban en la carne sin asco, y fueron capaces de contener cualquier tiro, hasta que le quedaron chicos, y entonces ya teníamos doce años, y fue el mismo Pancho el que confesó que se masturbaba sin que se lo creyéramos y tuvo que corrérsele en la galucha del Politeama mientras en la pantalla la Sophia Loren mostraba sus pechugas italianas, y nosotros -el Mocho Pérez, el Pato Subiabre y yo- tratábamos de seguir el rítmico movimiento de su mano, que se perdía entre los pliegues de su pantalón y las sombras del cine. Tal vez -y esto sólo ahora lo pienso- fue en esas tardes de cine en que decidimos cambiar nuestros juegos, y a proposición -¿tal vez mía? -incluimos en nuestras diversiones a las niñas del barrio, las que hasta ese momento sólo habían sido saludas a la rápida y desprecio de su fragilidad femenina. ¿Tal vez fue ahí, entre esos nuevos juegos que me fijé en ella? Se llamaba Marcela, y era una de las cuatro hermanas del Pato Subiabre. Aprendí a saludarla cada vez que la veía, y en más de una ocasión me sorprendí pensando en ella, hasta que una tarde dejé de sentir vergüenza en su presencia, y haciéndome el que pasaba de casualidad, la esperé a la salida de su colegio, por el puro placer de escucharla hablar y poder acompañarla hasta su casa, conversando de nuestros ramos, de las películas del fin de semana y de las canciones de Leo Dan que me fui aprendiendo de memoria de tanto ir a escucharlas en los discos que tenía Marcela. Con los discos aprendimos a bailar y llegamos a las primeras fiestas y a esos boleros que bailábamos a media luz, y que me llenaban de miedo por evitar pisarle un pie y de temblores inexplicables cada vez que sentía el roce punzante de sus pechos; los mismos que en los juegos de pillarse buscaba en cada encontrón, sintiendo que algo dulce se me quedaba en los dedos cada vez que se los atrapaba, y ella se reía, soltándose de inmediato,

pero sin enojarse. Como no se enojó cuando en la fiesta de cumpleaños de su hermano a alguien se le ocurrió apagar la luz del comedor -fue el Mocho Pérez al que había regalado mi álbum de estampillas por el apagón- y en un rincón de la pieza, ella dejó que mis manos se deslizaran bajo su blusa, diciéndome que me quería, mientras yo no sabía qué hacer con sus tiernos pesones entre mis manos.

¿Y todos estos recuerdos, por qué?, me pregunto mientras la muchacha sigue mirándome desde la cama en la que acabamos de hacer el amor, luego de que subiéramos hasta el hotel, haciéndonos las preguntas de siempre, comentando el frío que hacía en la esquina en que la encontrara una hora antes mostrándose provocativamente al paso de los hombres.

¿Y todos estos recuerdos para qué?, ahora que ella me mira como leyendo mis palabras en la frente y yo trato de encontrar otros recuerdos, y de esa fiesta difusa, me voy a las numerosas tardes en que volvíamos con Marcela de la escuela, tomados de la mano y caminando cuadras de más para retardar la llegada a su casa, porque allí estaba el Pato Subiabre, y la familia que vigilaba cada gesto de nosotros, y lo único que realmente nos importaba era ese jugueteo de las manos entrelazadas y los besos que cada cierto tiempo nos dábamos. Sí, porque eso estaba claro, como en las películas de Tarzán donde no importaba cuántos salvajes aparecieran atacando a Johnny Weissmuller, porque al final siempre estaban los besos de Maureen O'Sullivan, como yo la esperaba a ella cada tarde a la salida de la escuela, mintiéndole a mis amigos -ya que no era de machos enamorarse- y sobre todo a su hermano, que me conocía más de la cuenta como para tenerme confianza de dejarme mucho rato a solas con su hermana, y con el cual nos agarramos a trompadas cuando supo que pololeábamos -¿qué te crees que a mi hermana te la vas a comer vos!- a la salida del cine de los sábados, y al final nos pusimos a llorar como cabros chicos -¿porque a ti te quiero como a un hermano- no por los golpes ni por la sangre en las narices, sino por el hecho de pegarnos uno al otro, por cosas que estábamos lejos de comprender y controlar, como más tarde lo comprobamos

cuando llegó el día en que el viejo del Pato Subiabre lo trasladaron a una pega en el norte, y yo me quedé pegado en la ventana del aeropuerto, viendo cómo el avión se perdía en el cielo, llevándose nuestros recuerdos, y las promesas que mutuamente nos hicimos con Marcela de escribirnos tres veces a la semana, y que después sólo fue una carta al mes, y al final de muchos días, una escueta postal para cumpleaños y año nuevo.

Y ahora que la muchacha me dice ¿tal vez?, pienso en los años que han pasado desde esa despedida en el aeropuerto, y en los recuerdos que cada vez son más borrosos, y cómo el tiempo -que para ella es frágil- deforma nuestras ideas, y los amigos que no se ven durante largos años van quedando en nombres que se repiten sin mucha confianza -como si no existieran- y en fotos donde cada día cuesta más reconocerse ya saber a quiénes corresponden esos rostros infantiles, todos tan iguales, y al fin de cuentas, tan distintos a los que encontramos de tarde en tarde. ¿Tal vez? ¿Por qué dice tal vez? Porque las cartas se fueron desgastando y luego, llegaron las noticias que traían algunos conocidos que viajaban a Santiago, la mayoría de las veces por motivos de salud; y alguien -¿no sé quién?- contó un día que el padre del Pato Subiabre había muerto, luego de varios años de enfermedad y hospitales, que terminaron con su vida y con un pequeño negocio que había logrado armar con la plata de su jubilación. Entonces, sólo entonces, volví a pensar en Marcela y recordé la tarde en que nos despedimos prometiéndonos buscarnos donde fuera que nos encontrásemos. Promesa que nunca cumplí, ni siquiera cuando por motivos de estudio llegué a la capital, y dejé que la Universidad me absorbiera, llevándose, entre otras cosas, un trozo de papel rosado, en el que tenía anotada la dirección de su casa, a la que nunca fui, porque no tuve tiempo y no sabía dónde quedaba -mentiras todas- y el papel terminó por perderse, tal vez en los mismos días en que conocí a Elvira, y los juegos de niños dejaron de serlo, y la adolescencia con espinillas y discos de Los Beatles se quedó en una pieza de hotel donde hice el amor por primera vez, jurándole -esta vez a Elvira- que ella era la única, la mujer de mi vida, y que nos casaríamos apenas recibiera mi título de abogado, el que nunca llegó y terminó cambiándose por un promotor de empleo público, cuando se supo que Elvira estaba embarazada y Gabrielito venía en camino.

¿Tal vez, por qué tal vez? le digo y vuelvo a insistir en que la conozco, que en alguna parte la he visto, que sé todo de ella, menos su nombre; ella me mira, y cree reconocermelo cuando me dice que se llama Marcela, y sin saber por qué me cuenta su vida y nombra al pasar un hijo que se llama Andrés -como yo- y pregunta ¿qué te hiciste?, ¿por qué nunca me escribiste?, y le respondo que no sé, que son cosas que pasan, pero que todo está bien, que nada ha cambiado y todo volverá a ser como antes, aunque sé que todo es mentira, que volveré tarde esta noche a mi casa y Elvira me estará esperando como siempre, sin la rabia de la mañana, preguntándome qué me pasa, contándome las travesuras de Gabrielito -que cada vez se parece más a ti Andrés- y que todo volverá a la rutina cotidiana de vivir como Dios manda, y porque a la mañana siguiente me miraré al espejo para comprobar que el pelo se me sigue cayendo, y al despedirme con un beso de Elvira sabré que después de esta noche -que ya será esa noche- nunca más pasaré por esa esquina donde apenas unas horas atrás encontré a esa muchacha que me dice -el tiempo es frágil- sin tener por qué saber que todo había sido confuso ese día.



**EL AUTOR.** - Ramón Díaz Eterovic nació en Punta Arenas el 15 de julio de 1956 y sus estudios básicos y medios los hizo en establecimientos educacionales de nuestra ciudad. Más tarde ingresó a la Universidad de Chile, donde se tituló en la especialidad de Ciencias Políticas y Administrativas. Ha publicado poesía y prosa, siendo su nombre muy conocido en el ambiente literario nacional. En prosa ha publicado los libros de cuentos "Obsesión de año nuevo y otros cuentos" y "Atrás sin golpe", desde cuyas páginas hemos seleccionado "El tiempo frágil", que hoy ofrecemos a nuestros amables lectores.

# 35

FEBRERO DE 1986

Suplemento literario mensual "El Magallanes". Publicado con la colaboración de la Sociedad de Escritores de Magallanes. Comité de redacción: Marino Muñoz Lagos, Osvaldo Wegmann H. y Silvestre Fugellie. Correspondencia: calle Magallanes 949, Punta Arenas. Se aceptan canjes. Circulación nacional.